



**FIESTA CIVICA**

EN CELEBRIDAD DEL ANIVERSARIO

**DEL 5 DE MAYO**

DE 1862.



MONTEREY, MAYO DE 1865.

IMPRESA DEL GOBIERNO,  
*á cargo de Viviano Flores.*

to patriótico, que se avista  
guarde miramientos á los que se rean  
de una nacion libre é independiente, para hacer volar

## DISCURSO CIVICO

PRONUNCIADO EN EL TEATRO DEL PROGRESO POR EL LIC. MANUEL  
Z. GOMEZ PARA SOLEMNIZAR LA FESTIVIDAD NACIONAL DEL 5 DE  
MAYO DE 1865.

La Nacion reconocida concede á sus valientes  
hijos que defendieron la Independencia de la Pa-  
tria contra la invasion extranjera, una medalla de  
honor por la jornada del 28 de Abril en las cam-  
bres de Acultzingo, y otra por la del 5 de Mayo  
delante de la Ciudad de Puebla.

DECRETO DE 21 DE MAYO DE 1862.

### CONCIUDADANOS:

Muy grande es la festividad que celebramos en este dia.  
Vamos á recordar hechos gloriosos, que han inscrito en las  
páginas de nuestra historia, líneas que allá en los tiempos  
venideros hasta la consumacion de los siglos, harán honor  
al pueblo mexicano.

¡Paso á los vencedores en Puebla el dia 5 de Mayo de  
1862! La nacion reconocida les ha concedido, por medio  
de sus legítimos representantes, una condecoracion especial,  
y por otro decreto les dejó consignado para siempre, un  
voto de gracias por haber merecido bien de la Patria.

¡Paso á los defensores de la Independencia Nacional en  
las cambres de Acultzingo y en los alrededores de Puebla!  
Hidalgo desde su tumba si pudiera, se descubriría para mos-  
trar sus canas venerables, y doblégar su cabeza, madre de la  
existencia de un pueblo, en testimonio de respeto á los me-  
xicanos que combatieron en aquella memorable jornada.

Con recojimiento, Ciudadanos. Ya que podemos saludar  
á la República desde un suelo mexicano, demos una es-  
pansion solemne á sentimiento nacional que existe en  
nuestros corazones, y proclamemos muy alto nuestra gratitud,  
á los que hoy hace tres años, hicieron prodigios para vindi-  
car el nombre ultrajado de nuestra patria. Mientras mas  
estienda el invasor su infuca conquista, mas motivos tene-  
mos para congratularnos de no estar obligados á la  
obediencia penosísima de sus mandatos.

Si hay en esta concurrencia quien murmure por este ac-  
to patriótico, que se abstenga de una sola demostracion, y  
guarde miramientos á los que se reunen, como miembros  
de una nacion libre é independiente, para hacer volar sus



votos hasta el cielo, por los que vencieron á los que trataron de arrebatar del pueblo la soberanía nacional, para colocarla en un Emperador, que sirva de instrumento á la rapacidad y codicia del amo á quien sirven. Si tiene patria quien por esto murmure, bastará lo que he dicho para que me comprenda; si es renegado, lleva consigo la maldición que lo excluye de toda comunidad social.

Recordemos CC. algunos preliminares relativos á la jornada del 5 de Mayo. Tomemos en cuenta, que disminuido nuestro Ejército por la confianza que infundieron los tratados de la Soledad, tuvo que combatir con menos fuerza y menores elementos. No olvidemos tampoco, que los Comisarios franceses rompieron, con escándalo del mundo, aquellos tratados; y que faltos de palabra, se negaron á regresar á sus antiguas posiciones segun lo habian estipulado. Testigos el hidalgo Conde de Reus, y el grave y concienzudo Comisario de Inglaterra, que se retiraron indignados de la conducta abominable del Vizconde de Saligny, quien en su orgullo, se creyó libre de compromiso, fundado en nuestra debilidad y en el desprecio con que veia á la nacion á quien quedó obligado. ¡Así comprendió el honor este Comisario de Napoleon III, que hace alarde de llevar siempre en su bandera un pensamiento civilizador y la enseña de la paz.....!

Prosigámos. El inmortal Zaragoza, general en jefe de los restos de aquel Ejército, no se equivocó. Predijo de antemano, la mala fé de una de las partes contratantes, y declaró su opinion sobre lo inevitable que era la declaracion de guerra por parte de la Francia. Si México, si el Gobierno de mi Patria hubiera puesto en aquellos momentos mayor fuerza y abundantes recursos á disposicion del héroe principal en la jornada del 5 de Mayo, menos meritorio, en verdad, habria sido el comportamiento de nuestro Ejército; pero mas provechoso y decisivo hubiera sido el triunfo que obtuvo.

No fué posible: el Supremo Gobierno apuró sus recursos y nada omitió para vencer los obstáculos. Yo fui testigo, presencié los sucesos; y declaro gustoso, que solo ví intenciones puras, voluntad firme y recta, y laboriosidad empeñosa para conseguir el acierto.

Zaragoza luchó además con otros inconvenientes. Ni siquiera pudo dedicarse exclusivamente á preparar la de-

fensa, en el corto término que le quedó despues que los invasores consumaron su perfidia, volviendo á ocupar á Orizaba. Fuerzas reaccionarias le obligaron á hacer retroceder á las suyas, abandonando las cumbres de Acultzingo donde se proponia resistir. Fatigadas con su violento regreso, entraron en combate el 28 de Abril, midiendo por primera vez sus armas contra un enemigo que se jactaba de ser reconocido en Europa, casi por irresistible en sus avances, y que contaba ademas con la debilidad é impericia de su contrario.

Desde entónces, abierta ya la campaña y derramada la primera sangre en aquel encuentro preliminar, se tuvo como indudable, supuesta la resolucion tomada por el jefe de nuestras fuerzas, un próximo y decisivo combate. Temblábase por la suerte de México: toda la esperanza estaba fundada en aquel grupo de buenos ciudadanos. Sus contrarios venian ostentando en sus pechos orgullosos, las famosas medallas concedidas al mérito y al valor distinguido, en la Crimea, en Magenta y Solferino: reputábanse por los primeros soldados de la Europa, y estaban provistos de cuanto necesitar puede un Ejército en campaña.

¡Que desventaja! ¡Cuanto contraste! Por una parte, tropas veteranas y de linea, aguerridas, disciplinadas, bien atendidas, equipadas y municionadas; y por la otra, hombres mal armados, recién salidos de la masa del pueblo, y que parecian del todo agoviados por las privaciones, y por sus constantes y duras fatigas.

Esta es la verdad, Ciudadanos: yo vi un poco despues centenares de aquellos hombres, principalmente en la benemérita Brigada de Oaxaca, sin mas abrigo que unos cuantos girones de manta, y las fornituras que cruzaban la parte superior de su cuerpo, toda desnuda y tostada por el sol y la intemperie. Relato los hechos, y para que comprendais que nada digo con exageracion, os leeré testuales, las palabras que escribió Zaragoza, casi al comenzar el combate librado en las cumbres de Acultzingo. "Hoy me encuentro, dijo entónces, á la vista del enemigo extranjero con un puñado de valientes, dignos de mejor suerte, *todos desnudos y muertos de hambre.*"

¡Y estos habian de ser siete dias despues los vencedores en Puebla? ¡Estos los que la posteridad habia de venerar como héroes del 5 de Mayo? ¡Tenian de ello siquiera remo-

tísimo temor, los franceses que nos invadían! ¡Los nacimientos, los desnudos, los reclutas mexicanos, en igual, si no en inferior número, habían de vencer á los vencedores de los ejércitos más poderosos y temibles de la culta y aguerrida Europa! ¡Quién delirante pudo haber abrigado tan avanzada é irrealizable convicción!

¡Quién.....! Registrad la historia, y sabréis lo que es el ardiente delirio del patriotismo. Este es, Ciudadanos, un delirio febril que nunca retrocede, que hace milagros; que estalla con más violencia que la pólvora, que mata más pronto que el plomo y que el acero; y que convierte al delirante en temible atleta, que si puede obrar y su cabeza es feliz para formar combinaciones, desvía en la guerra con el soplo de su voluntad, las balas que arrojan los cañones enemigos. Es en nuestro caso, el delirio de Zaragoza, del jefe de aquellos hombres, con quienes si recibía un refuerzo para superar en corta cantidad numérica á su contrario, ofrecía obtener sobre éste una completa victoria.

“Si el Gobierno, decía tres días antes del 5 de Mayo, haciendo un esfuerzo supremo, me mandara violentamente dos mil infantes, yo le aseguraría *hasta con mi vida*, que la Division francesa sería completamente derrotada.”

Todo esto era necesario. Preciso era estar poseído de una fé ciega, y si Zaragoza tuvo momentos de vacilacion, jamás le faltó la creencia de que así como él, Negrete, Diaz, Berriozábal y otros, habían sabido infundir en el soldado amor á la Patria, y el deber de servirla, aun á costa de la propia existencia, cuando se le baja y ultraja, como ultrajarla y bajarla han pretendido los invasores.

“No tienes vergüenza, decía en Aculzingo con su habitual calma á un soldado que se retiraba precipitadamente por un desfiladero, adonde el enemigo dirijia fuegos bien activos: ¡no tienes vergüenza de que esos extrangeros te vean correr! ¡Que dirán de los mexicanos! Que digan lo que quieran *por aquellos*, contestó el soldado haciendo alto y señalando á sus compañeros que tambien corrían; *por mi no dirán que son cobardes*. Estoy á las órdenes de V., mi General.”

No late el corazon en los hombres de este temple cuando suena el grito de guerra, por que este sea terrible y aterrador: es para ellos embriagante, delicioso: les trae la gloria, y preferirían morir mil veces, antes que ver concluido el combate, sin cenirse el lauro de la victoria.

¡Que ansiedad! ¡Como se alternaban en México las fuertes emociones, estando todos pendientes desde la mañana del 5 de Mayo, de lo que trasmitiera el hilo telegráfico, y fluctuando entre el temor de la derrota y las remotas esperanzas de la victoria! Todo el campamento está en movimiento: el anuncio de la aproximacion del enemigo está ya dado por el estallido del primer cañon que dispara en el cerro de Guadalupe: nuestras fuerzas salen para presentar accion campal: forman en batalla y esperan; pero el enemigo elige otro terreno. Desprende fuertes columnas sobre el cerro de Guadalupe, entónces casi sin fortificacion y mal artillado, y emprende tambien con fuerzas respetables, por el lugar donde estaba formada la línea de batalla. Nuestro general lo comprende, cambia á la vez las posiciones de sus fuerzas, y evita la sorpresa que con su marcha violenta y atrevida, pudieron haber dado las columnas enemigas, á los defensores del cerro de Guadalupe.

Son las once y tres cuartos y comienza el ataque general. Aquellas columnas avanzan imponentes; su paso veloz, su aire marcial, su serenidad y deuedo, manifiestan que cuentan con los honores del triunfo, y solo esperan una débil resistencia, que muy pronto vencerán. Diríase que iban pesarosas por el poco mérito que tenían que conquistar.....

Entre tanto, firme en su puesto el humilde soldado mexicano, parece no intimidarse con la gallarda ostencion de su contrario. Sabe lo que se le espera y lo que tiene que hacer: está resignado, y solo aguarda para obrar la voz de mando de su jefe. Despues, Dios y el valor decidirán.

Hay por cerca de media hora un silencio de terrible expectativa, y que allá en el campo de batalla, era sustituido con el vivísimo fuego de cañon, con los mortíferos disparos de la infantería, y con el choque formidable de las armas, en los que cuerpo á cuerpo se batian. De repente, un grito general comenzado en el cerro de Guadalupe, se hace escuchar con un júbilo indefinible, y es repetido en todo el campamento mexicano. “*Los Zuavos corren,*” dice letra á letra con una precipitacion eléctrica, el telégrafo de Puebla, al trasmidir al Supremo Magistrado de la República, los écos entusiasmados de aquel grito. “*Los Zuavos corren,*” y nada ha obtenido el enemigo en los encuentros habidos por las otras líneas del ataque.

¡Cuanto regocijo, Ciudadanos! Pero bien se comprendia

—8—  
que no podía ser completo, y desde aquel momento, estable y permanente. Teníase por indudable otro combate. ¡Cual sería su resultado! La duda vuelve á apoderarse otra vez de espectadores y combatientes. Propicia comenzó á ser la fortuna á las armas nacionales; pero ¿que no hará el orgullo frances para vengar su primera afrenta?

Ya se prepara: poderoso, fuerte y con duelo á muerte previene un segundo empuje. Sus columnas se rehacen; y reforzadas, vuelven con la hiel en el corazon y la rabia en sus semblantes, sobre el mismo cerro de Guadalupe anteriormente disputado. Allí está Negrete, Berriozábal y otros, y otros, que admitiendo el reto, saludan este regreso con víctores á la República, que repiten apresurados los valientes que acaudillan. También el mexicano habia saboreado el placer celestial de la victoria, y acababa de obtenerla cuerpo á cuerpo contra adversarios por todo el mundo afamados.!

Nadie podrá relatar los actos sublimes de valor, ni las alternativas mil que se sucedieron en aquellos momentos de glorias, y de angustias. Otra vez el silencio de mortal expectativa hace eternos los minutos que trascurren; pero otra vez tambien se oye el mismo grito que conmovió con gozoso arrebató todos los corazones mexicanos. Los cazadores de Vincennes dan la espalda al campo de batalla; *los Zuavos corren*, y son nuevamente rechazados, no por el número ni por la ventaja de las posiciones, sino por la superioridad *en valor y en mérito, del recluta mexicano.*

Permitidme, Ciudadanos, ya que en un discurso de esta naturaleza no sería conveniente referir muchos de los hechos heroicos que tuvieron lugar en esta lucha, por que cansaria demasiado vuestra atencion; permitidme sin embargo, que haga referencia de la parte que tomó uno de los hijos de este Estado, que ha muerto ya, cumpliendo con sus deberes de hombre, de mexicano y de militar. Hablo del pundonoroso Coronel Modesto Arreola, muerto hace menos de un año, al contener la sublevacion escandalosa de una parte del Batallon que mandaba.

Oid como se espresaron, hablando de este nuestro conciudadano, el distinguido general Miguel Negrete, á quien fué encomendada la defensa del cerro de Guadalupe, y el general Lamadrid, gefe de la division á que pertenecia Arreola.

„En los momentos en que desfilaba, dice el primero re-

—9—  
firiéndose á nuestra caballería, se presentó el Batallon Reforma, conducido por su teniente coronel Modesto Arreola, que se sirvió mandar de refuerzo el general en gefe, y tambien recibió órden, y *la ejecutó con entusiasmo y decision*, para marchar en columna protegiendo la carga de la caballería.”

„El Batallon Reforma, dice el segundo, de la manera heroica que acostumbra, se batió en el cerro de Guadalupe, avanzando hasta la falda del mismo cerro, dos compañías con su valiente teniente coronel á la cabeza C. Modesto Arreola, donde con los Zuavos, *se batieron cuerpo á cuerpo y al arma blanca.* ¡Malogrado jóven! ¡Tal vez á tí se te debe una gran parte de la gloria adquirida en esta jornada!

Concluido este segundo ataque, hubo un descanso, que se tuvo como precursor, segun los preparativos que se observaban, de otro tal vez último y decisivo esfuerzo. En efecto, se emprendió tercer empuje sobre el cerro mencionado, y se hizo igualmente una demostración general, que obtuvo los mismos anteriores resultados. No satisfecho esta vez el arrojó del bizarro general Porfirio Diaz con haber rechazado al enemigo, tomó la iniciativa, y cargaba con denuedo dirigiéndose á los atrincheramientos donde se habia replegado, cuando tuvo precision de hacer alto, por la órden terminante que recibió de Zaragoza. „Derrotados como estaban, dice en su parte ya citado este general involvidable, *tenian más fuerza numérica que la mia.*”

Así terminó, Ciudadanos, esa accion de gloria imperecedera para el ejército mexicano. En ella sobresalió de una manera bien perceptible su brio y valor extraordinario, necesario ciertamente para contener las impetuosas cargas de los invasores. Todavía mas: ni por un solo momento, segun el testimonio de los gefes que tuvieron la honra de mandar á aquellos modestos reclutas, hubo quien vacilará: todos sostuvieron los sangrientos y parciales combates que les correspondia, con el pecho al frente dando ó recibiendo la muerte, como les deparara la fortuna. “Puedo afirmar con orgullo, dijo el general Zaragoza, que *ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.*”

„Y serán estériles para la Nación tantos actos de abnegacion y de patriotismo! No es una simple coremonia, Ciudadanos, la que en este lugar nos tiene reunidos. Ten-

ded la vista sobre la vasta estension de nuestro territorio, y le encontrareis dominado en una gran parte, por los mismos invasores, castigados en su primera tentativa por los defensores de Puebla. Estámos en los días mas apremiantes en que la Pátria pone al crisol el patriotismo de sus hijos, y por eso debeis tener siempre presente la conducta heroica de los que han trazado con su sangre el camino que debeis seguir. Todo, todo pertenece á la patria. De ella son nuestros hijos, y de ella es tambien nuestra vida.

No os he citado hechos gloriosos de otros hombres y de otras naciones, porque se trata de la guerra actual que á muerte sostiene la República contra el trono que tratan de imponerle sus verdugos. Para las circunstancias, basta referir lo que en esta misma guerra ha pasado, ya que podemos registrar en su historia hechos que nos presentan hombres colosales, capaces de competir con los modelos que han venerado las naciones. El hombre donde quiera es una emanacion de la Divinidad, y cuando es bueno y quiere llenar la mision que le impuso su Creador, presentada la ocasion, se acerca á El en su fuerza, en su dignidad y poder.

Nos insulta, Conciudadanos, ese trono que se ha levantado en nuestra capital. Diga cuanto quiera Maximiliano, y robe de la constancia de Juarez, de los desvelos de Lerdo, de la capacidad privilegiada de Ocampo, de su sangre, de la de Valle, Degollado, la Llave, Zaragoza y otros mil de los nuestros, los principios de civilizacion y de progreso que supieron conquistar en bien de nuestra pátria. Su trono es imposible: no puede amalgamarse con la dignidad y buen nombre de la nacion, como no ha podido, ni podrá jamás hermanarse la Polonia con el yugo de la Rusia; como no ha podido estar tranquila y pacifica la Hungria con la dominacion Austriaca; como no puede vivir la Italia sin la unidad que le han arrebatado; y como no pudo aquí entre nosotros, subsistir el gobierno colonial, fuerte con su tradicion de tres siglos, ni conservar en fin la corona imperial, el que consumó la grande obra de nuestra misma Independencia.

Maximiliano de Austria debe retirarse: sobra en el territorio mexicano. La Agüla azteca que adorna su escudo desde antes del descubrimiento de este nuevo mundo, parecerá hermosa con el ropaje y los atavíos que se le han traído del otro lado de los mares: estará bien, y brillará acariciada por los reyes de Europa, al lado de los Leopardos, Unicorn-

ños, y demas emblemas, en verdad respetables, que portan en sus banderas; pero no quiere arrojar el humilde gorro que le acordaron sus hijos, cuando volviéndole su libertad, le sacaron de las garras del leon de España. Se resiste, está indignada; porque la mano atrevida de un zuavo, encasquetado con su boneta, y empuñando su marrazo, quiere despojarla de aquel gorro, y hacerla doblar su cuello erguido, para colocar en su cabeza, la corona que le manda el despota su Señor.

Con esta lucha, ciudadanos, os está denunciando el oprobio, la infamia con que se le quiere mancillar. Os pone á la vista los buenos hijos que castigaron en Puebla tanto atrevimiento, y pide vuestro auxilio. "Un esfuerzo unido os dice esa misma, para vosotros adorada Agüla, que siempre ha representado á nuestra madre pátria y yo *levantaré el vuelo, y sostendré el gorro que me legaron vuestros mayores, para golpear con él sin descanso la corona austriaca y derribarla con el Bruto deforme, que tiene asido mi escudo.*"

No hay, ciudadanos, ningun otro sendero practicable para conseguir la paz. La guerra tala y destruye; pero este es el fatal presente que nos ha traído el emperador de los franceses; y no está en nuestro arbitrio el poderla esquivar. Necesaria es la guerra, hasta purgar á nuestro suelo de las fuerzas invasoras, y acabar con el sölío de Maximiliano. Quien de otra manera comprenda su deber, tarde ó temprano tendrá que arrepentirse. *La vergüenza cubre ya públicamente, á Márquez, Vicario, Miramon, Munguía, y casi á todo el clero mexicano.* Despues .....

No importa lo que á otros suceda. Para nosotros, allá en Puebla se fijó radiante de gloria y vencedora nuestra bandera; y en aquel dia se salvó la Independencia, se saludó á la República, y un grito de execiacion resonó siempre, contra los que hoy asesinan y oprimen á nuestros hermanos en la hermosa México, y en muchas otras de nuestras queridas poblaciones.

Esta es nuestra insignia: este el Estandarte mexicano. ¡Honor á Zaragoza y demas vencedores en Puebla el 5 de Mayo de 1862 que supieron sostenerle! ¡Viva la Independencia que ellos defendieron! ¡Viva la República que proclamaron! ¡Viva el Gobierno y el Presidente constitucional que reconocieron! ¡Y guerra eterna, guerra sin tregua á los invasores y al esclavo de ellos el Archiduque Maximiliano!

—12—  
COMPOSICION

POETICA LEIDA EL 5 DE MAYO DE 1865, EN CELEBRIDAD DEL GLORIOSO  
TRIUNFO OBTENIDO EN PUEBLA DE ZARAGOZA.

Osado el invasor cruzó los mares,  
Y pisando altanero nuestras playas,  
A México brindó con torpe engaño  
La paz y la ventura.  
Falsía, seducción, vil impostura  
De ruines instrumentos de un tirano,  
Quien mientras mas los diezma y envilece,  
Mas ellos lamen su homicida mano.

Con esto los traidores degradados,  
Secuaces dignos de faccion impura,  
Se unieron parricidas:  
Y no temieron derramar la sangre  
Del digno mexicano, del patriota,  
Que prefiere la muerte á la picota,  
Al yugo que le dan los invasores,  
Los monarcas, los nobles, los señores.

En falange temible coligados,  
Avanzaron hoyando el pátrio suelo,  
De Napoleon ejecutando el crimen,  
Sobre quien caiga maldicion del cielo.

¡Venganza! dijo el pueblo mexicano  
Con voz atronadora é imponente,  
¡Venganza! repitieron las montañas  
Y el viento recorriendo las ciudades,  
Los campos, las colinas y los llanos,  
Traspuso los desiertos  
De las aves turbando los conciertos.  
¡Venganza! repitiendo  
A los pueblos distantes y lejanos.

Cual ruje el vendaval terrible y fiero  
En las borrascas de revueltos mares,  
Sordo rumor alzóse tremebundo  
En todas las comarcas y lugares  
De México la hermosa,  
De América la joya apetecida,

—13—

Que ambicioso codicia el Viejo mundo,  
Y mil huestes valientes y guerreras,  
Izando sus banderas,  
Ardorosas marcharon al combate  
Y al són de sus clarines y tambores  
Volaron al encuentro  
De los galos, injustos invasores.

Ante las puertas de la hermosa Puebla  
De Napoleon los súbditos menguados  
Vinieron en compactos batallones  
En su pericia bélica confiados  
Locos creyendo en su ilusion mentida,  
Que Puebla con sus tropas y murallas  
Y por gente del pueblo defendida,  
Era fácil conquista  
Para el francés cargado de medallas  
Ganadas en la lid de las batallas.

¡Funesto error! En México, mi Pátria,  
Donde mil pueblos libertad respiran,  
Porque es de libres la felice cuna,  
Do nacen soberanos y á ninguna  
Ley estrangera rinden homenaje;  
No puede permitir el vasallage  
De los inicuos siervos de la Francia:  
Ni la presencia odiosa de guerreros  
Que sostienen ladrones estrangeros,  
Por eso en Puebla, de valor ejemplos,  
Al mundo dió la mexicana gente  
Defendiendo valiente  
La enseña tricolor, republicana,  
El pabellon del pueblo, hijo de Hidalgo,  
De Iturbide, Morelos y Galeana.

Pasó una noche oscura y tenebrosa,  
Vino la luz de la rosada aurora,  
Y del ardiente sol brillante rayo,  
El quinto dia iluminó de Mayo.  
Y de Puebla en los fuertes y trincheras  
El brillo de las armas se miraba  
Y valiente el soldado mexicano  
Las huestes enemigas esperaba.

El frances atacó ¡quién lo creía!  
Baja la vista, abochornado el rostro  
Porque á robar la libertad venia:  
Porque en lugar de espada el miserable  
Un puñal para México traía.

La mecha ardió y el bronce estremeciéndose  
Tronó encendido ronco y pavoroso  
A una seña! del genio de la guerra,  
Del inmortal caudillo,  
Del valiente sin par, de Zaragoza.

Cual chocan entre sí los elementos,  
Cuando furiosa tempestad estalla,  
Y horrisono silvar se oye en los vientos,  
El espacio cruzando tan violentos,  
Que ante su estruendo todo ruido calla;  
Así de Puebla comenzó el combate  
En este dia de memoria eterna.  
A la lid se lanzaron los guerreros,  
Blandiendo los aceros  
En medio del estrépito  
De mil bocas de fuego que se abrieron,  
Y entre los enemigos batallones  
A la terrible muerte paso dieron.  
Y del frances la sangre corrió impura  
Y los cuerpos de heridos y cadáveres  
Sembraron por doquiera la llanura.

¡No haya cuartel! gritaba el mexicano  
En medio del furor de la batalla:  
Y el corazon sediento de victoria  
Sobre el frances lanzaba la metralla.  
Y el proyectil mortífero y candente,  
Salvando la distancia,  
Al orgullo humillaba y la arrogancia,  
Convirtiendo en terror y vil pavora  
El valor decantado y la bravura  
Del europeo intruso de la Francia.

Aun creo oir la voz de los campeones  
Que valientes morian en la lucha,  
Comandando sus bélicas legiones.

Y el estruendo tambien de la batalla,  
Y del clarin agudos los sonidos,  
Y el sonoro rugir de los cañones,  
Y la sangre brotar á borbotones.  
Y veo al sol, tardando su camino,  
Por ver á los franceses vencedores  
En Austerlitz, Magenta y Solferino  
Huir despavoridos y humillados,  
Temblando ante la espada de los libres,  
Ante el valiente y noble ciudadano,  
Ante eso Zaragoza, cuya gloria  
Conservaré grabada en mi memoria,  
Porque salvó el honor del mexicano.

¡Mas para qué nuestros pasados triunfos  
Y la sangre de un pueblo derramada  
De Mayo el cinco en la inmortal jornada?  
¡Para que tanto lustre y tanto nombre  
Si México mi pátria y dulce encanto  
Sigue en su pena derramando llanto  
Esclava bajo el yugo de un solo hombre!  
De la infeliz Anahuac  
¡Cuales los hijos son! ¡Do su estandarte  
Glorioso sin igual sigue flotando,  
La gente á la pelea reanimando!  
En la frontera está con los valientes  
Por el brazo de Juárez,  
Por el agosto mártir sostenido  
Al frances y al Austriaco desafiando:  
Al déspota infernal que Dios confunda,  
Porque en matanza horrible divertido  
De sangre mexicana el suelo inunda.

¡Inmenso es tu dolor! ¡oh pátria mia!  
Yo contemplo tu suerte deplorable,  
Tu constante martirio y tu agonía;  
Pero no llores mas: desde este dia  
De parenne baldon para la Francia  
Enjuga el llanto y cesen tus pesares:  
Una nueva era de ventura y gloria  
Tus hijos te preparan,